

5^{to}
5

Concurso de Cuento y Poesía

Bibliometro





Quinto Concurso de Cuento y Poesía Bibiometro

Primera edición, diciembre, 2022

ISBN: 978-956-244-565-8

Inscripción en el registro de propiedad intelectual: 2022-A-9378

**Ministra de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio**

Julieta Brodsky Hernández

**Subsecretaria
del Patrimonio Cultural**

Carolina Pérez Dattari

**Director(s) del Servicio Nacional
del Patrimonio Cultural**

Roberto Concha Mathiesen

**Subdirectora del Sistema Nacional
de Bibliotecas Públicas**

Paula Larraín Larraín

Santiago de Chile

@ Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su recopilación en un sistema informático y su transmisión en cualquier forma o medida (ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, registro o por otros medios) sin el previo permiso y por escrito de los titulares del copyright.

5^{to}
Concurso de
cuento y poesía
Bibliometro

Índice

PRÓLOGO	7
PRESENTACIÓN	9

CATEGORÍA CUENTOS

Primer Lugar	
Guachitas	15
Segundo Lugar	
Primera vez	21
Tercer Lugar	
La Papita	31

MENCIONES HONROSAS

CATEGORÍA CUENTOS

Primera Mención Honrosa	
Volver, a dónde	39
Segunda Mención Honrosa	
La practicante	45
Tercera Mención Honrosa	
La fiesta	53

CATEGORÍA POESÍA

Primer Lugar

Mañana será otro día 61

Segundo Lugar

Fábrica de mujeres 65

Tercer Lugar

Fuego 69

MENCIONES HONROSAS

CATEGORÍA POESÍA

Primera Mención Honrosa

El niño golpeado por un niño 73

Segunda Mención Honrosa

Ruda para mi madre 77

Tercera Mención Honrosa

¿Será también tu madre... 81

Prólogo

En esta quinta versión del *Concurso de Cuento y Poesía de Bibliometro*, relevamos el rol de la mujer en sociedad, sus diferentes problemáticas actuales e históricas, con la intención de poner en discusión la necesidad de disminuir brechas, barreras e inequidades de género en relación al acceso y participación.

Nuestra intención fue generar instancias de participación y discusión para construir a futuro relaciones más equitativas entre mujeres, hombres y diversidades sexuales, desde lo literario, que es la herramienta que disponemos para que los ciudadanos y ciudadanas pudieran reflexionar sobre esta materia tan urgente y necesaria.

La respuesta a esta convocatoria tuvo el resultado esperado. Recibimos cuentos y poemas que dan cuenta de las problemáticas antes señaladas, desde una perspectiva diversa, actual, abordando estos temas para construir creativamente historias, relatos y una lírica que con emoción intenta cautivar al lector.



Agradecemos a los jurados Priscilla Cajales, Jorge Calvo, Emilio Ramón y Salvador Young, quienes realizaron la selección de los trabajos, y a la Corporación Cultural Chileno-Alemana de Valparaíso por su colaboración constante en nuestras iniciativas, como también a la Biblioteca Pública Digital por su apoyo a la difusión de esta publicación.

Nuestro equipo editorial les invita a disfrutar esta nueva versión del concurso, y a reflexionar sobre las diversas miradas y subjetividades que exponen los relatos y poemas que conforman este libro.

Equipo Editorial



Presentación

A través de los años, como encargados de levantar una oportunidad real y concreta de acercamiento a la lectura como es Bibliometro, hemos observado el avance impetuoso de notables autores cuyo talento nos mantiene gratamente sorprendidos.

Más aún, cuando dichos autores locales nos han privilegiado en utilizarnos como plataforma virtuosa para exponer sus obras, no sólo nos validan como un espacio de promoción de la literatura nacional, sino que además nos entregan el desafío de seguir manteniendo esta vía de comunicación e interacción con la comunidad.

Es por ello que a través de estas sinceras palabras, agradecemos la lealtad, la preferencia y honor que nos entregaron para validar nuestra quinta versión del concurso de literatura que esperamos pueda replicarse por muchos años más.

Considerando la complejidad sufrida durante los últimos 36 meses tanto en el escenario local como



mundial, el cuentista conocedor de Bibliometro nos ha acompañado desde el primer concurso, en donde nos imaginamos como una plataforma de exhibición para nuestros usuarios escritores que quisieran transformarse en autores y evidenciar su talento a través de nuestro Bibliometro, servicio que con más de 26 años de historia y con presencia tanto en la Región Metropolitana como en el Gran Valparaíso ha logrado posicionarse como una alternativa concreta de acercamiento a la lectura tanto en múltiples formatos como en diversos espacios, ya que no sólo nos encontramos en el Metro de Santiago y Efe Valparaíso, sino que además es posible acceder a nuestros servicios en diferentes hospitales públicos de las mismas regiones en comento.

Finalmente ofrezco a ustedes, comunidad en general, la enorme oportunidad de disfrutar de una buena lectura gracias al talento de nuestros usuarios, pero también quisiera agradecer la noble gestión de las encargadas de gestión cultural y de desarrollo de colecciones de Bibliometro, quienes anualmente hacen posible no sólo la ejecución del concurso, sino que además nos irradian ese afán de dar continuidad a la fiesta de la lectura que significa generar un nuevo concurso literario desde Bibliometro pero hecho con

el corazón del Programa, es decir, proveniente de nuestros propios usuarios.

Ángela Salazar Durán
Coordinadora Programa Bibliometro

Cuentos

Primer lugar



Marcela Adaros Rojas: nací en Coquimbo, soy Profesora de Castellano y Filosofía, y Doctora en Ciencias de la Educación. Soy miembro del taller de narrativa dirigido por el escritor chileno Jaime Collyer. Mi novela favorita es *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar, me gusta escuchar a Marvin Gaye, prefiero la comida saludable y practico Tai Chi en la playa.

Guachitas

Voy a buscarlo. Abro el Waze para no perderme, y pongo el auto en marcha. Lo decidí después de renunciar a la maternidad; sin pescar más al “público” que pregunta hasta el hartazgo *¿y tú cuándo vas a tener guagua?* Es bien genuina mi renuncia y ocurrió bajo el agua. Mientras conduzco me siento ligera, envuelta en pura luz morada. No escucho... lo único que oigo es mi música en *Spotify*.

Estoy súper motivada, ayer navegué en Internet y encontré cursos, ideas inspiradoras, ofertas de viajes a lugares que no conozco. Tuve el impulso de compartirlo con mis amigas; luego atiné, no puede ser.

Eran buenos tiempos. Nos juntábamos a tomar un café en el boliche de la universidad y hablábamos del sueño de formar una familia. Por entonces no pensaba en que los días en mi casa fueron como comer caramelos Ambrosoli, dulces, amargos, ácidos; a veces, me tragaba uno entero, y sentía que iba a morir asfixiada, y siempre me quedaba irritado el paladar.

Recuerdo eso, y otras cosas del pasado: mi mamá no se duerme hasta que vuelvo del carrete. Teme que “me pase algo”. Estoy un poco borracha, sólo atino a esbozar una sonrisa boba. Se va a su dormitorio



meneando la cabeza. Con el tiempo le pasa algo a ella y quedo guachita.

¿Guachita? no es algo que yo diría. Es Chilote quien lo dice cuando lo encuentro en el Mall y me da el pésame que yo no le di en su momento: “amiga quedamos guachites”, dice bien serio, y me abraza. Los pelos de su barba me punzan el hombro donde apoya la cabeza. Me toma las manos, conmovido, y quedamos como si fuéramos a jugar a la ronda. Nos fumamos un cigarrillo en silencio, hasta que al fin llega su pololo, y se despide para entrar al cine.

Mis amigas están agotadas, si casi no las veo. Cuando las he observado, he visto una especie de mansedumbre bovina; el tibio estoicismo de quien acepta reemplazar jornada completa a Sísifo. A una acaban de diagnosticarle al hijo con depresión; en cualquier rato el cabro se tira por el balcón. Me quedo a dormir en su departamento para ayudar a vigilarlo, y me cuenta que se separó. Le tiembla un poco la pera; jamás lloraría, la conozco.

En la mañana entro a su baño a ducharme, y siento que he llegado a un punto de no retorno cuando veo grupos organizados de hongos avanzando por los azulejos. Algo reptá hasta mi garganta. Es rabia, ganas de llorar. Me pregunto dónde está esa luz que nimba a las mujeres cuando son madres. ¿Dónde está la poesía?



Sólo prosa. Miedo a perder al hijo y ganas de mandarlo a la mierda, al mismo tiempo.

¿Y qué dice el “público” sobre mujeres como yo que eligen no tenerlos? Dicen que terminan mal, porque la soledad las mata. Dicen que todo comienza cuando olvidan dónde han dejado sus lentes y se comen el queso descompuesto, sin darse cuenta. Un día un sobrino afectuoso la encuentra tendida en el piso, fracturada, perdida, olvidada de todo, y la instala en una *Casa de Larga Estadía*, y vende poco a poco sus cosas en *Yapo.cl*.

No me importa. Lo he pensado bien, y he decidido adoptar un gato. Estaciono frente a una casa, ahí funciona la Fundación “Yo soy Animalista”. Aparece la encargada y dice que me llevará a escoger al ser sintiente con el que compartiré mi vida de aquí en adelante. La sigo hacia un patio amplio, lleno de caniles. Mientras camino siento angustia ante lo definitivo, estoy entrando en pánico ¿Y si el gato se convierte en un deber ser? ¿Y si se pone raro y tengo que pagar a un etólogo para que le haga terapia conductual? ¿Si tengo que gastarme un montón de lucas en un hotel para gatos cuando tenga vacaciones? Capaz que se ponga obeso, demandante, llene de pelos mi cama o...

—¡Qué tierno el gatito!...

—Es gatita, y quedó guachita... ¿la quiere?



Segundo lugar



Carlos Francisco Rendón Bejarano: soy periodista, escritor y gestor cultural. Nací y he vivido toda mi vida en Antofagasta, donde he trabajado como reportero y editor en medios de comunicación y portales web, además de escribir para diversos proyectos culturales. Desde chico escribir (lo que sea, donde sea) ha sido parte fundamental de mi vida y una especie de combustible con el que funcione. Busco aprovechar las herramientas del periodismo para potenciar y hablar de las expresiones artísticas y culturales del norte de Chile. Y las herramientas de la literatura para todo lo demás.

Primera vez

22.

El tren Chillán-Santiago todavía no salía de la estación y Cecilia ya estaba con ganas de bajarse. Había más gente de lo normal. Hace no mucho habían vuelto los viajes en tren, y supuso que la alta concurrencia tenía que ver con eso. Porque ir en automóvil o tomar el bus estaba bien, pero nada se comparaba a la sensación del tren. Pronto sintió la puerta cerrarse y el rechinar de los rieles. Era el movimiento particular, áspero, de la máquina comenzando su viaje hacia el norte, a la capital después de tantos años. Dejó caer la cabeza en el vidrio de la ventana y miró el paisaje, sus ojos fijos en un punto artificial, en el todo y en la nada, pensando en cuánto iba a extrañar esos árboles, y esas vacas que parecían devolverle la mirada para despedirla. Se repetía a sí misma que serían solo unos meses. ¡Pero qué meses! Aún no terminaba de procesarlo. Se había traído una serie de revistas de boda, y su celular guardaba con recelo diversos listados: el de invitados, el de pastelerías y el de sastres. Entrelazó los dedos para controlar el temblor de sus manos. Mientras, en



la ventana opuesta, un niño parecía haber notado la tensión de la pasajera y la miraba fijamente.

42.

Llegaba tarde. Era su primer día de trabajo en la Corporación Nacional de Trenes e iba atrasada, no podía creerlo. Salió de su casa corriendo, todavía con la barra de proteínas sobresaliendo de su boca y esquivando a los transeúntes, más preocupados de lo que les mostraban sus lentes de realidad aumentada que del mundo real. Esa mañana los padres de Alisa la habían llamado para desearle suerte, y la noche anterior sus amigos le habían hecho una fiesta en el metaverso por el acontecimiento. No era menor ser parte de la CNT, corporación que había comenzado sus funciones desde hace unos meses con el objetivo de conectar a todo Chile con trenes de alta velocidad. Llegó justo a tiempo a la estación, un edificio gigantesco y luminoso por el que ya circulaban cientos de personas. Presentó su credencial a los guardias e ingresó al estacionamiento donde estaban los trenes, formados uno al lado de otro, esperando a sus conductores para partir y recorrer el país de punta a punta, llevando a toda esa gente de afuera, todas esas vidas, cada una con un destino y un propósito. Respiraba agitada, pero llena de determinación. Se



puso sus gafas de realidad aumentada y fue a la sala de reuniones donde los otros maquinistas ya terminaban de prepararse para salir.

52.

El viaje de Chillán a Santiago siempre la había emocionado. Había sido en esa ruta, en ese mismo tren, donde había conocido a su difunto marido. Recorrer de nuevo esos caminos, ver esos bosques vírgenes y esos pueblecitos que iban apareciendo y desapareciendo uno tras otro, le daban la sensación de ser joven otra vez. Su cuerpo entero temblaba por el movimiento del tren, que rechinaba y pitaba con fuerza, como una bestia arrastrándose por el bosque, tragando y regurgitando personas a su paso. Pensaba que quizás algún día, si ganaba mucha plata o sus hijos conseguían un buen empleo, podría viajar en un avión, esas colosales máquinas que surcaban los cielos en tiempo récord. La sola idea de volar por los aires le provocaba un escalofrío. No obstante, lo que estaba por ocurrir en la tierra ya la tenía con los nervios a flor de piel. Clementina sabía que lo que estaba por ocurrir era histórico no solo para ella, sino para todas las que habían luchado para conseguirlo. Serían las primeras, después de un proceso de años, décadas enteras. Chile cambiaba y todavía

había mucha gente que no aguantaba lo que ocurría, pero a ella eso la tenía sin cuidado. Para despejar su mente, dejó de mirar los paisajes bucólicos del sur y abrió la novela que tenía a medio terminar. Quedaban todavía un par de horas de viaje y debía aprovecharlas. Sin mencionar que le había prometido a su nieta que le contaría de qué trataba, cuando volvieran a verse en la capital.

22.

El niño no paraba de mirarla y ella se sentía más y más nerviosa. No era primera vez que le pasaba, tanto con niños como con adultos, en el transporte público, en el restaurante o por la calle. Cecilia sabía que en su círculo cercano aquello era un tema zanjado, o como le gustaba decir, ni siquiera era tema. Pero resultaba imposible controlar lo que ocurría en el exterior, donde aún en pleno 2022 no todos eran capaces de aceptar su proceso de transición. El niño le jaló la manga a su madre, una señora ya mayor, mientras con la otra mano seguía apuntando a la joven, quien se hacía la desentendida mirando hacia afuera, deseando ser una vaca más en los pastizales. Estaba, no obstante, viendo todo de reojo. La señora tomó al niño de la mano y se levantó del asiento. El corazón de Cecilia latió con fuerza y

cerró los ojos de pura ansiedad, viniéndosele a la mente recuerdos de su infancia que había preferido olvidar. Sintió una mano tocándole el hombro. Era el niño. Ella lo miró extrañada, pero luego se fijó en la madre, que recogía del suelo casi una decena de revistas de novia que se le habían caído del bolso y yacían esparcidas por el suelo, para luego reincorporarse y entregarle todos los ejemplares con una sonrisa. Comenzaron a hablar, como si nada, y la madre le contó de su propia boda y Cecilia, con los ojos brillantes, le contó de la ceremonia que tenía pensada, y de su novia, la mujer más hermosa del mundo, que la esperaba en Santiago.

42.

No podía creer que se había demorado solo una hora en llegar a Chillán. Se encontraba detenida en la estación, en los escasos pero valiosos minutos que tenía de descanso entre tramo y tramo. Entonces sintió unos golpeteos en el vidrio lateral que la hicieron saltar del asiento. Se asomó con cuidado, como para que no la viesen, pero se relajó al ver que se trataba de unos niños. Abrió la compuerta y los menores corrieron hacia ella. Otros, curiosos, también se acercaron. Alisa olvidaba que había aparecido en las noticias apenas ayer, como la conductora más joven en manejar un

tren de alta velocidad en Chile, saliendo además primera de su generación. Para ella era una tontería, pero para esos niños, que le pedían fotos y activaban sus lentes para transmitir el momento en internet, era una heroína regional. Los saludó con una sonrisa, y mientras hablaba con ellos pensaba en aquella ciudad donde había nacido, pero que había dejado atrás para irse a estudiar a Santiago. Habían pasado años, pero aún podía recordar esas noches de invierno donde la neblina lo cubría todo y la ciudad parecía salida de una película de terror. Sonó la alarma. En un par de horas estaría en Puerto Montt.

52.

Mientras leía los últimos pasajes de la novela, Clementina comenzó a ver las casas y edificios apoderándose del paisaje. El tren había llegado a Santiago y se dirigía a la Estación Central. No solo había cambiado el entorno, sino también el olor y el ruido que se filtraba incluso por sobre los chirridos de los raíles. La ciudad estaba especialmente agitada y ella lo sabía. Sonreía para sus adentros, mirando a los otros pasajeros levantarse. La gran mayoría eran hombres, pero también había unas cuantas mujeres. Y entre ellas había una especie de lenguaje cómplice. Una leve curva en los

labios, una ceja que se levantaba. El tren se detuvo en la estación y el maquinista indicó que los pasajeros podían comenzar a bajar. Clementina se puso el abrigo, se ajustó el sombrero y tomó su maleta para dirigirse al exterior. Iba a votar.

Tercer lugar



Miguel Ángel Villalobos Martínez: soy profesor de Lengua y Literatura en Enseñanza Media. Obtuve el 2º lugar en el concurso *Santiago en 100 palabras* (XX Versión), con el microcuento *La Prueba*. Durante varios años formé parte de la extinta revista de opinión pública “Ballotage.cl”, en la que trabajé como Editor y Columnista del Área de Literatura. Me apasiona leer, sobre todo narrativa breve. Cuando alcanza el tiempo, también disfruto escribir análisis y reseñas sobre los libros que me interesan. Hay algunas publicadas en el sitio especializado “Lo que leímos”. Tengo una familia pequeña y hermosa que alegra mis días, junto con la enseñanza, el cuento fantástico, la música y el cine de terror.

La Papita

Entre la gente que iba y venía, ella pasaba casi desapercibida. Con un chal en la espalda y otro envolviéndole las piernas, la Papita disfrutaba el día sentada en una pequeña banca, justo a un costado de la pasarela. Se entretenía tirándole migas a las palomas o escuchando lo que se decía por ahí. También le gustaba conversar.

—Oiga, Papita, ¿en serio tenía el pelo largo?

—Largo lo tenía, pue.

—¿Y qué le pasó?

—¿Se imagina, usté, Lichita, esta vieja con una trenza hasta la cintura?

—Linda, po.

—No sea lesa. La vejez es hedionda.

—Jajaja, las cosas que dice, Papita...

—Es que me empezaron a doler las paletas cuando quería peinarme las mechas, así que un día agarré unas tijeras y me las corté mejor.

Con una sola mano, sin dejar de escuchar atentamente, la Licha vació una botella de aceite en la olla y con la otra encendió el fogón. Llevaba más de quince años haciendo lo mismo; todo en sus manos se veía más fácil de lo que realmente era.



—Este me salió medio mañoso... —le dijo a la Papita, que estaba sacando de su delantal un pañuelo de tela.

—¡Igual que la dueña, nomás, po! —respondió a carcajadas la Toña, interrumpiendo la conversación desde el puesto de enfrente.

—¡Que saltó lejo el maní, oye! —le gritó la Licha de vuelta.

—¡La verdá nomá! —continuó riendo la Toña, mientras terminaba de acomodar unos paquetes de galletas sobre un mesón improvisado.

—En todo caso, debí haber juntao otro poco y habérmelo ido a comprar nuevito allá a Franklin —reflexionó, mientras las últimas gotitas amarillas caían desde la botella plástica.

—Por cagá te pasó —siguió bromeando la Toña.

—¡Oye, no! Si es que no tenía más plata, oh. No seai hablaora. Atiende al joven, mejor, que testá esperando hace rato.

La Papita sonrió. Luego, tomó aire y se sonó bajito. Con toda la calma del mundo se limpió la nariz, dobló meticulosamente el pañuelo y se lo echó al bolsillo otra vez.

—Gracias, joven, que le vaya bien —dijo la Toña, haciendo sonar las monedas dentro de un pote de margarina que había reciclado. Abrió una nueva caja de golosinas y siguió acomodando su mercancía sobre el

mesón. Continuó casi enseguida:

—Oiga, ¿y por qué le dicen Papita?

—Ya empezaste con tus preguntas ya —repuso la Licha.

—Que es pesá esta, oiga. Toy hablando con Don Pancho yo, no con los chanchos.

—Fue cuando estaba más joven... —contestó la anciana.

—Cuente, cuente— motivó la Toña.

—En ese tiempo una de mis nietas chicas no podía decir mamita, pero le salía papita clarito, clarito. Ahí quedé así...

Con la misma destreza de antes, la Licha despegó una a una las sopaipillas que fue sumergiendo suavemente en el aceite hirviendo. Por un momento, el chirrido se sobrepuso a los bocinazos de la avenida y un vapor dorado se elevó desde el carrito, atravesando la vieja lona hasta esparcirse por toda la vereda. Al cabo de unos segundos, comenzó a llegar la clientela.

—¿Este es kéetchup o ají? —le preguntó a un hombre que tenía las manos manchadas con pintura seca y una mochila gigantesca en la espalda.

—Ají, mi amor. El kéetchup es ese —contestó amablemente la Licha, apuntando a un dispensador plástico color verde—. Hay mostaza también.

—¿Tendrá alguna bebía, por casualidad?

—Al frente, mi vida. La señora Antonia las tiene helaitas.

Antes de continuar su interrogatorio, la Toña sacó la botellita de un tarro con agua, la secó con un paño de cocina y entregó el vuelto.

—Oiga, y... ¿tuvo hijos?

—Varios. Unos míos y otros postizos— respondió la Papita.

—¡Chal!, ¿cómo así?— preguntó curiosa la Toña.

—Crié a los míos y a los de mi hermana, que eran del mismo hombre.

—¡No me diga!— exclamó impactada.

—Sí, pue. O qué quería, ¿que los dejara morirse de hambre a los pobres?

—Yo no hubiera podido, oiga. Con suerte tengo pa mis tres cabras chicas. Ni hablar del susodicho, que hizo la tercera y se mandó cambiar... ¿La vienen a ver, siquiera?

—¡Ya, Toña! —interrumpió la Licha— No sea tan metía.

—No, mijita, si no es problema... —continuó la Papita— Algunos, sí, Toñita. Aunque usted sabe que las visitas son buenas cuando llegan, pero mejor cuando se van. Así que...

—Jajaja, por eso me cae tan bien, Papita. No como

esta otra cartucha —interrumpió, apuntando con los labios a la Licha, que acomodaba papel absorbente sobre una fuente de lata—. Lo que es yo, si alguna de mis cabras no me viene a ver cuando esté más vieja, ¡a su casa les voy a ir a tirar piedras!

Rieron las tres con las mismas ganas. Eran recién diez para las siete y todavía quedaba un rato antes de que se terminara la hora punta. Seguro que la Papi-ta alcanzaba a contarles otro par de historias. Como cuando le tiró un zapato al vecino por querer pasarse de listo corriendo la pandereta de la casa o como cuando se hizo cargo de su nieta luego de que su nuera muriera en el parto por una negligencia y el padre —su hijo menor— enloqueciera de dolor.

—Fernandito se encerró dos semanas a llorar y luego se fue. Nunca más volvió. Fíjese que yo ya era vieja cuando me la trajeron, entonces...

La Licha subió el fuego y la Toña se limpió las manos. Con el oído alerta y el corazón abierto, siguieron escuchando.

Primera mención honrosa



M. Paulina Santibáñez Viani: me titulé de Profesora de Educación Básica y de Magíster en Educación Emocional. Estudié Diseño Industrial y he participado en diversos talleres de artes visuales, además, en cursos de tarot, astrología e interpretación de sueños. Actualmente trabajo en el área de la educación. Publiqué junto a otros autores el libro *Paredes que hablan, Crónica del estallido gráfico en Chile*, 2021. Participo desde hace unos tres años en talleres literarios, que me ha permitido la experiencia de la expresión escrita.

Volver, a dónde

Corta minuciosamente verduras de tres colores, dobla el paño de cocina, lava unos platos, vuelve a sacar algunas cosas del refrigerador, elige el pimentón amarillo, deja el verde y lo guarda en el espacio frío. Limpia las tazas del desayuno. Que no me saques agua le grita el marido desde el baño. Deja la comida ordenada en la mesa, está todo se pregunta, falta. Vuelve a sacar otras cosas. Apúrate le dice el marido con la cabeza mojada saliendo del baño.

Se mueve y da vueltas, limpia el lavaplatos, seca lo que está en el escurridor. Los invitados llegan para iniciar la caminata, la conversación entusiasta y brillante queda en alguna parte que no sabe dónde, se concentra en cortar más verduras. Ya están prontos a partir. Entra al baño. Enciende la ducha y la deja corriendo, la atmósfera es perfecta, la niebla caliente la envuelve y le quita el frío.

Corre la cortina, entra al receptáculo, se queda unos minutos bajo el agua tibia, el jabón en el cuerpo. Envuelta en el sonido constante del agua que corre y se va por el hoyo oscuro que debe estar lleno de pelos, por ahí se le fueron sus ganas y deseos. Se toca, sus pezones primero, la oreja, el ombligo, apoya su pierna en el



borde de la tina y su mano se desliza a la zona blanda, amorosa, el lento calor en la piel la empapa y envuelve. La niebla del baño es abultada. Le gritan que se van que no la esperan, que se apure. Ella parece no escuchar.

Sale de su niebla cálida para encontrarse con todos listos para el gran paseo al cerro de la esquina. No voy, les dice, ahí está la comida, estoy algo enferma.

Los ve partir, el que es su marido va contento, conversa feliz y se luce con sus chistes, la pareja de amigos le celebran la conversación.

Pela una naranja, el jugo chorrea por el brazo. Pasa la lengua queriendo limpiar, muerde la fruta que está dulce y fresca. Mira a su alrededor. Se han ido. No hay nadie y el silencio es su mejor compañero. El frío que lleva en su interior se deshace en la boca con el fruto dulce.

Hace cuánto que dejó de quererlo se pregunta. El primer día, ese en que la piel se dio completa. Nunca más sintió lo mismo. Estuvo esperando, probando. Su cuerpo no volvió a estremecerse ni a soltar las barreras. Sentir controlado. Por qué siguió, no sabe. Discusiones que ya no da, peleas que dejó pasar. Se ha acostumbrado a hacer lo que se necesita para que el marido esté contento.

En el sillón se desploma el llanto, cae la lluvia afuera, se estarán mojando y no le importa. Llora ronco,

profundo, sonoro, hasta que solo caen lagrimas silenciosas. Mira por la ventana vuelve el sol entre las nubes grises. Endereza su cuerpo, lo estira, fuerza una sonrisa, es hora de partir.

Las botas se hunden en la tierra. El agua, el frío. En la niebla se da paso. Leyó el cartel antes de partir. Si hay niebla disminuya la velocidad. Lo olvidó rápido. Se interna por lugares de donde cuesta volver. Volver a dónde. Lento dice el cartel.

Segunda mención honrosa



María Isabel Pino Valenzuela: he sido bibliotecaria escolar por 21 años, trabajo en un colegio de la comuna de Puente Alto, mi especialidad es el fomento lector, soy secretaria administrativa de profesión, y escritora, profesora de lenguaje, cantante y veterinaria en mis sueños de niña. Me encanta escribir cuentos, microcuentos, poesías, pero por sobre todo cartas. Mi último proyecto fue escribir una carta a diario para mi nieta Marianita, que estaba en gestación, lo hice desde el día que supe que vendría al mundo, hasta el día en que nació; pero no pude parar hasta que la niña cumplió dos años. Esas cartas se han convertido en un hermoso libro escrito a mano, en donde le cuento historias reales de la familia y de la vida, historias tan fuertes y de primera fuente; como el estallido social, la pandemia y tantas cosas que serán increíbles cuando ella pueda leerlas por sí sola. Finalmente, soy una agradecida de Dios por el don de la palabra y la escritura.

La practicante

Me dolió mucho cómo la conocí, no porque fuera una mala persona o alguien a quien no dan ganas de conocer; sino porque todo aquello que rodeó el momento fue triste y un tanto cruel.

Diana, era una mujer preciosa, joven, a punto de titularse como profesora de biología, estaba en su último año de carrera y fue así como la conocí:

Como todos los días, mi oficina en el colegio estaba abierta y llegó mi jefe con una profesora a quien la acompañaba una joven muy linda que llamó mi atención porque tenía sus ojos rojos, y muy hinchados. Me la presentaron, venía a hacer su práctica profesional como profesora de biología.

Me contaron que estaría en mi oficina porque en la sala de profesores había muy poco espacio, cosa que llamó mi atención porque la sala de profesores era enorme. Ella tomó asiento muy silenciosa y se quedó largo rato sin hacer nada, luego miró la hora y se paró, yo le di la bienvenida, le expliqué dónde estaban los espacios para tomar tecito, el baño y otras cosas. Le dije que podía llorar tranquila, si era eso lo que quería, y también le dije que todo lo malo que le pasara hoy, mañana sería parte del pasado.

Me di cuenta que su pena era porque sintió que no fue bien acogida por sus pares. Lo bueno es que se repuso rápidamente y se fue a conocer a sus alumnos.

Luego, cuando pasó la hora de clases, ella volvió a la oficina y venía con otro semblante, ya había conocido al primer curso que le tocaría atender; era un octavo y le gustó mucho. Luego fue el turno de otros cursos, primeros y segundos medios, fue así como en el transcurso del día su semblante cambió.

Al día siguiente, volvió a tener su carita triste, al saludarla me contó que había tenido reunión con su profesora guía, y no fue en la sala de profesores, fue en el patio. Porque la sala de profesores “seguía siendo chica”.

No entendía mucho esa situación, quería convencerme que era producto de que entre todos nos teníamos que cuidar, y el Covid, y la distancia social, bla, bla, bla, pero en el fondo sabía que no era por eso.

Diana llegaba todos los días temprano, llegaba con todo preparado para sus clases, y los niños y jóvenes comenzaron a conocerla, a quererla y a buscarla, y también a preguntar por ella cuando no la encontraban.

Un día la profesora guía enfermó y tuvo licencia, por lo que Diana tuvo que tomar todos los cursos sola, no se puso nerviosa ni mucho menos, más bien estaba feliz de poder hacerlo sola y enfrentar la situación.

Obviamente salió airosa, y se hizo muy necesaria. La licencia de la profesora guía se extendió más y más, hasta que un día ella presentó su renuncia.

Diana, que ya se había empoderado de su rol como “La” profesora de Biología, sabía que tenía que asumir todo, siendo sólo la profesora en práctica, o como le decían “la practicante”. Como era de suponer desde la Dirección del colegio, le pidieron que se hiciera cargo de cerrar el semestre, de tomar todas las pruebas que faltaban y de hacer todo el trabajo administrativo que conlleva atender varios cursos. Ella lo hizo con agrado, también con un poco de ansiedad, pues era la primera vez que se enfrentaba a este trabajo. Yo pensé que como era necesario contratar a una profesora de reemplazo, la mejor carta sería Diana, pero no fue así.

Comenzaron a llegar los alumnos a mi oficina a preguntar por la profesora Diana, a consultarle cosas a ella, y entre las consultas le preguntaban si ahora ella sería la profesora del ramo. Ella les decía que no, y todos tenían la misma reacción. -¡¿Qué?! ¿Pero por qué no? Ella los miraba con amor y les respondía: -Porque aún estoy en práctica.

El tiempo pasó rápidamente y el primer semestre finalizó. Diana hizo todo el trabajo que había que hacer, y lo hizo a la perfección, ya faltaba poco para que todos los profesores y trabajadores del colegio saliéramos de

vacaciones de invierno y una tarde una profesora del Área de Ciencias, le dijo a Diana, lo siguiente: -Estamos organizando un desayuno de despedida del semestre, se hará en la sala de profesores. ¿Quieres venir?

Diana la miró con cariño, así solía mirar ella, y le dio las gracias por la invitación, pero le respondió que ya se había comprometido con algunos amigos administrativos para tomar desayuno, pues sería su despedida.

Diana disfrutó al igual que nosotros de ese desayuno, nos contamos anécdotas muy divertidas que nos habían sucedido con los estudiantes, recordamos sus risas, sus rollos, sus penas y lo mucho que uno, como adulto influye en ellos, cuando sabe llegar a sus corazones. Ese desayuno fue genial. Aprovechamos de agradecerle su cariño, cercanía y lo mucho que nos ayudó durante su estadía, pues ella no se podía estar quieta, siempre quería ayudar y servir.

Después de aquel desayuno, no volvimos a ver nunca más a Diana. Ella llegó de manera silenciosa, trabajó duro y se ganó un lugar en el corazón de todos sus estudiantes y en el mío en particular, y se fue de manera silenciosa, y nos dejó una gran enseñanza de trabajo y humildad.

Tercera mención honrosa



Rodrigo Eduardo Gaete Salazar: nací en Valparaíso, pero llegué de niño a Punta Arenas. Soy profesor de Lengua y Literatura en el INSUCO de esta ciudad. Mis inquietudes literarias comenzaron viendo leer a mis padres, en especial a mi papá quien trabajaba en una librería lo que siempre me tuvo cerca de los libros. Mis autores predilectos son Rolando Cárdenas, Poe, Neil Gaiman, Óscar Barrientos, Cortázar, entre otros, los cuales han influenciado mi forma de escribir.

La fiesta

Las llamas comenzaron a danzar suavemente al compás del viejo tambor que uno de los verdugos tocaba con un ritmo monótono y cadencioso ante la mirada curiosa de quienes contemplaban la cruenta escena que tenían enfrente. Para esos ojos ya acostumbrados a ejecuciones públicas, contemplar este tipo de espectáculos era parte de la cotidianeidad del día a día en un mundo donde las decisiones de quienes gobernaban con la fe no se cuestionaban, sino que se acataban agachando la cabeza, rezando por nunca encontrarse en la posición de aquella mujer quien con la mirada perdida en el cielo, con el cuerpo cubierto de llagas y con la boca y la cabeza sangrantes producto de tantos golpes, esperaba que su vida se apagara lo más pronto posible, pero la muerte no es una figura confiable que se caracterice por tomar en consideración los pensamientos de quienes la encuentran sin buscarla y coincidentemente, si es que existen las coincidencias en esta vida, aquellas llamas que perfectamente podrían haber cubierto rápidamente aquel fatigado cuerpo, demoraban su oficio causando un dolor inimaginable al extenderse poco a poco desde la punta de los pies hasta lo alto de las sienes. El crepitar de la



madera incendiándose, ayudada por el suave viento generado por otros dos verdugos al agitar un par de tablones de madera, no hacían más que alegrar a los espectadores fisgones - adultos, niños, niñas y ancianos - que veían en aquel acto inhumano un momento de esparcimiento. En sus mentes, la mujer en cuestión indiscutiblemente era una bruja y pese a que a nadie le constaba que así fuera, el hecho de haber sido juzgada por los sacerdotes y los gobernadores en quienes ciegamente confiaban eran fundamento suficiente para alimentar sus razonamientos.

El fuego buscó sus pies y un leve escalofrío le recorrió el cuerpo mientras mantenía los ojos clavados en el cielo con la lejana esperanza de que las nubes se abrieran y unas manos divinas la sacaran de aquella situación, pero nada ocurrió y el fuego se abrió paso entre medio de ropas sangrantes y extremidades laceradas, subiendo con una rapidez abismante, recorriendo una vagina que había sido usurpada por sus captores y unos senos que fueron manoseados una y otra vez por el jefe inquisidor quien esperaba que con tales vilezas la mujer confesara algo que no era. Fueron tres días, suficiente tiempo para despojar de aquel cuerpo toda humanidad y entereza de sentirse viva. Recordó su infancia vivida en medio de huertas y paseos al bosque y sus pensamientos se confundieron

al recordar las golpizas que una y otra vez le dieron en los fríos calabozos que la iglesia guardaba en secreto. La reminiscencia de la sonrisa de su madre se entremezclaba con las torturas a las que fue sometida: desde la simulación de que era ahogada en un barril hasta las constantes vejaciones de los guardias del lugar quienes se turnaron una y otra vez para satisfacer sus más perversos deseos. Quería morir, lo deseaba de todo corazón aún sin lograr entender bien por qué le estaban haciendo pasar por un suplicio tan aberrante. Ella no era una bruja, lo sabía con certeza, pero la acusación directa de su propio hermano, aquel al que ella misma había criado de pequeño, la confinó a un espiral de tormentos de los cuales la muerte parecía ser la única vía de escape. No era nada de lo que se le acusaba, pero llevaba a cuestas el pecado original: ser mujer y aún peor, estar encinta de “tres demonios” como había sentenciado el juez del lugar. Pese a sus ruegos, que no fueron escuchados, y a manifestar una y otra vez en qué había de malo en disfrutar su sexualidad y querer tener un hijo a temprana edad, no fue tomada en cuenta.

Sin emitir quejido alguno, mantuvo la vista en alto esperando un auxilio que nunca llegó. El fuego la consumió por completo con una violencia que provocó aplausos entre la concurrencia al ver cómo la joven

niña de apenas 16 años se transformaba en una llamarada viviente que tardó cerca de seis minutos en apagarse por completo.

Desde lo alto de la torre de la iglesia, frente a la hoguera, el obispo del pueblo estrechó las manos del gobernador del lugar con la dicha del trabajo cumplido, mientras aquellos que habían oficiado de público se retiraban a sus labores habituales del campesinado.

La fiesta había terminado.

Poesía

Primer lugar



Daniela Esmeralda Marín Perucci: nací en Talca, me crié en Santiago y hace 10 años vivo en La Serena, IV Región. Soy mamá de Leonardo (14), Renato (12) y Amatista (3). De profesión soy Educadora de Párvulos UC, Profesora de Biodanza, Facilitadora de Desarrollo Humano y alumna recientemente egresada del Magíster en Tecnología Educativa e Innovación UNIACC. Trabajo como directora de Fundación Casa La Nuez, comunidad educativa libre. Amo mi trabajo y los espacios que se abren, mediante proyectos, para promover creativamente el crecimiento personal y la participación activa en la construcción de una sociedad ecológica, que ponga en valor la sabiduría ancestral y el patrimonio cultural. Disfruto bailar, escribir, cuidar de mis plantas y de mi huerta.

Mañana será otro día

Trabaja,
el dinero es su flecha en esta selva brutal.
Compra,
los abarrotes que reclama la despensa.
Limpia,
con el trapo aroma industrial, sacude el polvo de la
[convivencia]

Cocina,
el guiso caliente que sostiene la cena de su tribu.
Estudia,
analiza.
argumenta,
redacta.

Amamanta,
su tetra es la paz, de la última cría.
Acaricia,
sus hijos gozan de besos que calman pesares.
Hace el amor,
su vulva forma la hoguera que abriga el frío de su
[compañero.]

Pelea,
su ira en ebullición devasta todos los acuerdos.



Llora,
con la mentira de él, ella clava tristezas en un muro
[podrido de rencores.

Ora,
levanta una plegaria por cada uno de los suyos.
Teme,
una hebra podría torcer su destino y apagar la luz
[de su existencia.

Duerme,
cede a las estrellas su vigilia...
Confía,
mañana será otro día.

Segundo lugar



Gonzalo Robles Fantini: me gusta mucho leer. Dentro de mis gustos literarios destaco primero a los chilenos: Manuel Rojas, José Donoso, Bolaño, Alejandra Costamagna, Zambra, en narrativa. Huidobro, Parra, Teillier, Lihn, Rodrigo Lira, Zurita, Alejandra del Río, en poesía. Dos de mis autores del mundo predilectos son Cortázar y Camus. Disfruto mucho de conversar, de beber café, del cine arte (Raúl Ruiz y Wim Wenders son mis cineastas favoritos), de pasear por Santiago. No soy muy entendido en música, pero tengo gustos variados: jazz, tango, rock o punk. Mis platos favoritos son los ñoquis y el curanto.

Fábrica de mujeres

146 mujeres encerradas
alberga un edificio de Manhattan
en su mayoría jóvenes inmigrantes
muchachas de Italia y Europa del Este
nostálgicas de sus raíces, cosen botones
remachan costuras de mangas y cuellos
hacinamiento 52 horas a la semana.

El hormigueo de las agujas embrutece
no hay tiempo para descansar
la fábrica textil no puede detenerse
estas mujeres carecen de derechos
posnatal, sala cuna, fantasías irrisorias
la femineidad como factor productivo
de camisas para hombres adinerados.

Había que prevenir robos
los dueños de la fábrica cerraron con llave
todas las puertas de las escaleras.

Una colilla de cigarro en un cubo
lleno de restos de tela
un motor fundido de máquina de coser

¿qué importa?

Es la rabia, la fuerza de mujer
que se rebela contra el abuso
sacude las camisas de los businessman
origina un fuego en estampida.

Explotación de la mujer por el hombre
pincharse los dedos, espaldas con lumbago
los engranajes de opresión friccionaron
y surgió un fuego a la trampa.

Triangle Shirtwaist de Nueva York
146 cuerpos femeninos calcinados
marzo de 1911, las mujeres no olvidan
la asfixia, las contusiones, el estrellarse
de golpe contra el pavimento
el salto al vacío
las llamas de esta pira inexorable.

La primera persona en saltar fue un hombre
(uno de los pocos obreros textiles)
entonces, otro hombre besó a una mujer joven
un beso en la ventana y ambos saltan a la muerte.

Mujeres, hay hombres en este sacrificio
que saltaremos con ustedes por sobre las llamas.

Tercer lugar



Katherine Dayana Vega Ramírez: nací en Santiago, me gustan los libros, bordar, ver series y las papas fritas, si pagaran por eso tendría mucha plata, lástima que no. Nunca pensé que viviría en una ciudad costera, con viento helado en las mañanas y muchas gaviotas. Hay personas que sueñan con vivir cerca del mar toda su vida, entonces a veces me pregunto; con qué voy a soñar yo ahora, sí ya estoy aquí. Cursé estudios de Filosofía, practiqué karate pero no llegué a tener ningún cinturón, corrí pero tampoco me inscribí nunca en alguna maratón, supongo que el triunfo no era lo mío, quizás hasta hoy. Actualmente hago fanzines feministas en BiblioFem.cl

Fuego

Mi mamá
siempre ha cuidado el fuego
dispuesta en su casa
esperando que mi papá trajera la leña
Esperando
a ese que no sabe
que de nada sirve la leña
si no sabes hacer y cuidar el fuego.
silenciosa.

Secretamente triste
entre el planchado, lavado, aseo y el cuidado
ahormando en un tarro
porque siempre hay que tener algo
por cualquier cosa.
Bien bañada y peinada
porque una nunca sabe
si hay que salir de emergencia

Me gustaba ver a mi mamá cocinar
pelando zanahoria
ajo, papas, zapallo
limpiaba unos huesos de vacuno
agua y a la olla
todo
con la precisión de esos
que desactivan bombas
Mi mamá no canta
no cuando cocina
como otras mamás.
A escondidas, cada tarde
mi alma vibra
mi cuerpo arde
mi mamá canta cuando lava
en el lavadero
Restregándole el cuello
Al cerro de blusas y camisas
que ensuciábamos todos
Y que solo ella lavaba
las manos dormidas con el agua
el cuerpo liviano
se fundía una vez al día
a escondidas
con Camilo Sesto.



Primera mención honrosa



Marco Hugo Marchant Moreno: soy un director de coro y amante de las artes de la Región Metropolitana. Desde el colegio escribía cuentos y poemas. Mi escritora favorita fue María Luisa Bombal y, motivado por ser un literato como ella, decidí entrar a estudiar Letras Hispánicas en la UC. Luego, estudié Dirección Coral y un Magíster en Artes en investigación musical en la misma casa de estudios. Actualmente, estoy enfocado en mis proyectos musicales y en hacer clases; sigo escribiendo poemas y cuentos breves, me gusta pintar acuarelas, cantar y tomar mucho café.

El niño golpeado por un niño

Como un rosario come uno a uno los caramelos:
en el recreo anterior fueron quince y en este van seis.
Los árboles generan huecos de brillo sobre la madera;
Las graderías tienen olor y sabor para quien se
[refugia en ellas.

Mira por sobre los pimientos del patio,
hay ruido pero no oye gritos ni risas.
Come dos mentas más y la boca se le seca.
Camina veloz y sigiloso;
La cotona café protege sus manos pequeñas,
temblorosas.
nadie lo nota, es su estrategia y su pena.

Al sonar el timbre corre, triunfante.
Se aleja de los aromos, sube escalinatas.
Una mano pequeña lo golpea en la nuca, fuerte.
No hay castigo, solo risas.
El niño no existe para el juego, sí para la riña.
Es cuerpo hostil, proscrito.
El niño repudia la niñez, no ve en ella inocencia.

El niño golpeado por otro dibuja sus tormentos.
La mano le tiembla y el ojo le chorrea.
Va al baño entre clases, para no ir en el recreo.
Es un superviviente de los pasillos.
Ama aprender, pero odia el colegio.

Segunda mención honrosa



Constanza Francisca Esteban Lagos: soy amante de las plantas, experta en robo hormiga de flores y hojas ajena, que luego ocupo para mis herbarios y collages. Fan de Emily Dickinson, lesbiana y botánica igual que ella. Dedico mi tiempo a la literatura y a otras artes. Soy escritora de poesías y corrientes de conciencia, mis textos siempre incluyen la biología y la naturaleza. Vivo en Peñalolen, tengo 25 años y soy piscis.

Ruda para mi madre

Rodea la pasiflora el cerco del dolor
Raíces que desprenden la sangría de nuestra bandera
Aquella pintada con el azote y la miseria
En mis genes impregnada sin pudor

Aquella, tu energía madre mía
Es la que me describe una realidad perdida
Úteras extirpadas por hacer la guerra
Que descompone el origen al que me siento ajena

Espirales de violencias y despojos
Desaparecer y coartaciones, hoy se arrebatan ojos
No obstante, soy propensa a la ternura
Para poder transitar esta locura aguda

Tercera mención honrosa



Robinson André Vega Vera: mi familia se trasladó a la ciudad de Punta Arenas en 1989 cuando tenía menos de dos años de edad. En la austral ciudad estudié y trabajé. Para transitar por la ciudad prefiero utilizar la bicicleta, aunque también frequento los viajes a pie. Me toma cuarenta minutos llegar desde mi hogar a mi lugar de trabajo. Soy un empedernido bebedor de infusiones: té, café y mate. Los intercalo para evitar malestares físicos. También gusto de otros brebajes. Entre mis lecturas suelo destacar a los autores locales: Marcela Muñoz, Pavel Oyarzún, Juan Mihovilovic, Óscar Barrientos, Rolando Cárdenas, Aristóteles España, Ramón Díaz Eterovic entre tantos otros.

¿Será también tu madre...

¿Será también tu madre de esas que te dejan
[esperando?]

Y tener que esperarlas todo el tiempo
Que es el tiempo que puede pasar un niño
Todo el tiempo
Como Bulma tras la ventana que detiene la lluvia
O como un Goku chiquitito que le sonríe a todo
En una ventana que detenga la lluvia
O tal vez como un Krilin, igual chiquito
Pero con el ceño fruncido
Tras una ventana que detenga la lluvia

¿Será también tu madre de esas que te miran y
[sonrían con duda?]
Descubrir a contrapicado las siluetas que dejaron
Las cicatrices que dejaron sus sueños
Sueños que no se tatuaron sobre la piel
Se transformaron en piel
La reblandecieron solo después de estirarla
Modificaron las geometrías de la cara
Lentamente como la montaña



Añejaron la sonrisa infantil de la niña que
[jugaba con muñecas]

El oficio perpetuo de jugar a las muñecas

¿Será también tu madre de esas que caminan rápido?

Que tiene que seguirle el ritmo al mundo

Llegar a todos lados al mismo tiempo y puntualmente

Dejar, recoger, encomendar, solicitar, dejarte

En las antípodas de la ciudad, de extremo

[a extremo ir a dejarte

¿o será de las que caminan lento?

De las que siguen un ritmo propio

De las que llegan cuando se les canta

Que pasan a dejar, a recoger, a encomendar, a solicitar

Y a buscarte tarde.

¿Será también tu mamá una ternura gravitante?

Una estrella para encontrar el norte

Y aun así perderse buscando un polo

Y aun así naufragar buscando la sal

Y aun así estudiar a última hora

Y aun así tener hijos a la edad que ella los tuvo

Y aun así pedirle prestado todo

Y aun así irse lo más lejos posible de ella

Y aun así querer volver a verla los fines de semana

Y aun así esperarla, sonreírle, caminar con ella
[y gravitar su ausencia.

Este libro ha sido publicado por Bibliometro.
En el interior se utilizó fuente Biblioteca
y sus variedades
sobre papel ahuesado 80 grs.

La portada fue impresa
en papel couche opaco 250 grs.
Se imprimieron 500 copias.

Equipo Editorial:

Carolina Ávila Contreras
Karin Palacios Alegría
Andrés Torres Meza

Ilustración:

Jeniffer Díaz Abarca

Diseño y diagramación:

Andrés Torres Meza
Leonel Briones

Impresiones:

Feyser